

Victoria Díez: El amor no tiene precio

Una mujer ejemplar, luz para nuestro tiempo

Publicado en L'Osservatore Romano, 15 de octubre, 1993

*Cardenal CARLOS AMIGO VALLEJO, of.m.
Arzobispo de Sevilla*

El amor no tiene precio. Estas palabras podían ser el resumen de la breve biografía de una santidad grande: la de Victoria Díez y Bustos de Molina. Sevillana de nacimiento, maestra en Cheles y Hornachuelos, rubricó, con su sangre, el fiel testimonio del amor a Cristo que había dado durante toda su vida.

No, no fueron simplemente unas circunstancias determinadas. Cuando Victoria Díez sufría el martirio, en la madrugada del 12 de agosto de 1936, el ejemplo que daba en esos momentos no era sino el testimonio de esa fe, fuerte y humilde, que había manifestado durante toda su vida. Pudo decir con sus labios lo que llevaba en lo más profundo de su alma. Si durante su vida había mirado solamente a Jesucristo, ahora bien podía ratificar con el martirio el compromiso, una y otra vez repetido: no volveré la cara al Señor.

Victoria Díez sabía del precio que Cristo exige a quienes desean ser sus amigos. Por eso, y siguiendo el espíritu de Pedro Poveda y de la Institución Teresiana, deseaba ser consecuente con lo que sería la norma de su vida: "creer bien y enmudecer ' no es posible". La fe se hizo vida en esta mujer, débil en la carne y fuerte por la gracia del Espíritu. Y la palabra se transformó en acciones eficaces de ayuda a quienes necesitan formación humana, educación, catequesis. Había que transformar el mundo, la fe era la fuerza de acción. Maestra, sobre todo maestra. Si éste era el buen deseo de Victoria Díez, no es extraño que sintonizara, de forma tan admirable con los ideales de Pedro Poveda y de la Institución Teresiana. Esmerada preparación profesional, educación en la fe. Y la mujer, como profesional preparada, en la avanzadilla de esa verdadera cruzada cultural, pedagógica y catequética. Siempre será la persona la fuerza de la eficacia. El método ayuda. Lo que de sí misma entregue la persona, es lo que permanece.

La personalidad de Victoria Díez estaba marcada con la paradoja evangélica de lo fuerte y lo débil. Poco por fuera, mucho por dentro. Valor de lo sencillo, de lo pequeño. Fortaleza de entrega sin límite, sin precio. El amor transforma por dentro y lleva a la pedagogía exterior del amor sin medida. Siempre de Dios, más de Dios, toda de Dios. Y entregada incansablemente al servicio de los hombres. Nada de lo que necesitaba el hombre para poder vivir con la dignidad que como a hijo de Dios le corresponde podía ser ajeno a esta mujer que quería ser toda de Dios.

El riego de sangre que Victoria Díez suponía necesitaban nuestros pueblos no era, en los días en que dijera tan profética frase, el martirio que le aguardaba, sino la entrega, sacrificada y sin medida, que era menester emplear en servicio de una sociedad rural injustamente abandonada.

Sin deslumbrar, alumbrar, consejo de Pedro Poveda a los miembros de la Institución Teresiana, que Victoria Díez aprendió a la perfección. Su vida sencilla, incansable trabajadora, mujer llena de fe, delicada en el amor, fuerte en el testimonio de Cristo, es luz para nuestro camino. Por eso la Iglesia quiere ponerla en lo alto, para que alumbré, con la claridad de su fe y de su testimonio cristiano, y sea gracia de ejemplaridad para todos.

(Cardenal Carlos Amigo Vallejo, 15 de octubre de 1993, Con motivo de la beatificación de Victoria Díez)